

Guillermo Sheridan
ALLÁ EN EL *CAMPUS* GRANDE

Ensayo

Índice

Aviso	9
1997	11
Cárdenas y Barnés: la disputa por la UNAM	13
Universitarias: Racionalizando el gasto	17
Universitarias: ¿STUNAM no efectivo? ¡Sí reelección!	19
Democratizando la UNAM	22
1998	39
Universitarias: Birretes extranjeros	41
Universitarias: Deficiencias	43
Cárdenas en la Universidad gratuita	46
Octavio Paz y la Universidad	49
1999	53
Universidad y sentimiento	55
Por mi raza hablará el déficit	58
El gesto de Lizette	62
La caída de Ignacio Chávez: ejercicio de memoria	64
La UNAM como utopía	71
Calma, riesgo, democracia	75
Cambiar la UNAM	77
Retractación pública	82
Ahora es cuándo	88
—Democrático estáis —Es que no voto	90
Usos y crisis en la UNAM	93
La inteligente inercia y despertador	94
Cláusula de desalojo	100
CGH: Invisibles y rotatorios	102
UNAMo, demasiado UNAMo	107
Universitarias: El bostezo está presente	113
Edipo en la UNAM	114

Interlocutores únicos	131
UNAM vez más	136
El pase automático ataca de nuevo	139
2000	145
La marcha de la sinrazón	147
Un diálogo en la barricada	149
A la opinión pública	151
Adorno versus Marcuse: policía y universidad	152
Igualdad y democracia	155
La universidad como bastión	157
González Casanova: dos renunciadas	169
La normalidad raptada	179
Pasividad cómplice	181
Dos líderes	184
Universidad-pueblo	189
Escarlar planicies	192
El jugador y su pieza	198
Cartitas	201
Saliendo por la entrada	204
La historia sin fin	207
El futuro de la UNAM	227
Algunas siglas empleadas en esta edición	253

Para C.P.F.

Escribí de vez en cuando sobre mis experiencias en la Universidad Nacional Autónoma de México en una columna que tuve durante varios años en la revista *Vuelta* que dirigió Octavio Paz. Esos escritos se reunieron en un libro titulado *Cartas de Copilco* que publicó la Editorial Vuelta en 1996 y que está agotado. Recogí algunos en una antología, *Lugar a dudas*, que publicó recientemente Tusquets Editores.

Eran escritos ligeros en los que hacía comentarios más o menos irónicos sobre situaciones y personajes que padecía como miembro de su personal académico. Siempre me fascinó que en la UNAM acontecieran situaciones tan asombrosamente contradictorias con su supuesta inteligencia, más dignas de una pieza de Ionesco o de Jarry que de una comunidad pensante. Y junto a esas otras, más dignas de Kafka o de Gorki, injustas y arbitrarias.

He sido académico en la UNAM desde 1978, cuando comencé a enseñar y a investigar en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Centro de Estudios Literarios. Señalo esto para decir que escribo sobre ella sin otra autoridad que la derivada de esa experiencia. Pero también para explicar que, si bien mi vida ha estado marcada por este largo comercio, me he esforzado por escapar de las abundantes mitologías de la UNAM que suelen abrumar a sus miembros.

Cuando Cuauhtémoc Cárdenas se convirtió en el jefe de gobierno de la ciudad de México en 1997, y no tardó en externar comentarios adversos a los proyectos de reforma universitaria, comencé a escribir algunas reflexiones en las que procuré entender más a fondo los problemas de la institución. No se requería de mayor sagacidad para advertir que se avecinaban dificultades. Al mismo tiempo, seguí publicando en *Vuelta* una columna, «Universitarias», en la que comentaba con relativo humor las noticias del Pedregal.

Más tarde, a partir de abril de 1999, cuando era inminente el cierre de la UNAM a manos del Consejo General de Huelga, comencé a remitir algunos comentarios, *motu proprio*, a los periódicos *La Jornada* y *Reforma*, y a la revista *Proceso*. Agradezco de una vez a Carmen Lira, a Ramón Alberto Garza y a Rafael Rodríguez Castañeda la hospitalidad que les brindaron. Otros más aparecieron desde luego en la revista *Letras Libres* que dirige Enrique Krauze, donde colaboro mensualmente.

Reuní los artículos y los acomodé en orden cronológico. Hay algunos inéditos, porque mis anfitriones carecían de sitio, porque se traspapelaron en alguna mesa de redacción o porque se los tragó el ciberespacio. En algunos casos preferí recoger las versiones originales que los límites de la prensa me habían obligado a abreviar. En otros eliminé las reiteraciones que afectaban la lectura del conjunto. Todavía en otras ocasiones agregué, si me parecía pertinente, algunas líneas sobre el contexto cronológico o las circunstancias específicas que habían motivado la escritura del comentario.

Algunas veces escribí con diversos grados de malestar y, no pocas veces, francamente enojado. Quizá sea natural: ante hechos cuyo grado de confusión se traduce en situaciones tan delicadas, se produce una impotencia que se subsana en la energía de la escritura. Decidí no omitir esos ocasionales exabruptos en la apuesta de que pueden, aun así, aportar ingredientes de consideración para los posibles lectores. Sería ingenuo esperar que me disculpen, o siquiera que me entiendan, aquellos a quienes pude agraviar: no fueron en todo caso actitudes *ad hominem* sino interlocuciones hacia las posturas que representaban. Quizá sea menos remoto e ilusorio confiar en que su malestar considere que, aun con los errores que puede haber en estas páginas, no son sino la expresión de un universitario que en vez de guardar silencio osó escribir sobre algo que nos atañe a todos.

Espero que estos artículos aporten algo al debate actual y al que habrá de intensificarse durante el proyectado congreso de reforma. Confío que no se procure leer en ellos nada que rebase el desinterés con que los escribí. Son los puntos de vista de alguien con escasas luces en materia de sociología o ciencia política, pero preocupado por la Universidad y convencido de la importancia que significaría para el país contar con una educación superior eficiente.